DR. F. ELOSU

# EL VENENO MALDITO



Biblioteca de ESTUDIOS
Apartado 158. — Valencia

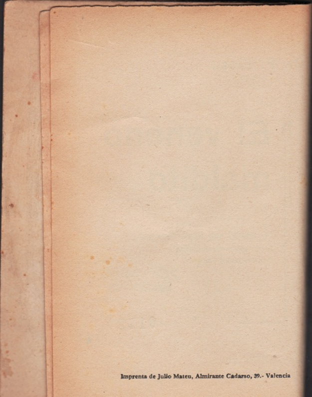
Dr. F. Elosu

# El veneno maldito

"El alcohol, bajo todas sus formas, es un abominable veneno"
(Los Amigos del Hombre)



Biblioteca de ESTUDIOS
Apartado 158.-Valencia



Imprenta de Julio Mateu, Almirante Cadarso, 39.- Valencia

# El veneno maldito

# I

## I

## "La Alarma"

PARA el porvenir de la humanidad, la cuestión del alcohol es la más candente. Ella surge ante el proletariado con la extensión y la profundidad de una calamidad terrible.

Quien quiera participar del peligroso honor de guiar al pueblo por el camino de su liberación, asume una pesada tarea, se impone imperiosos deberes. De éstos, el primero es decir a los hombres la verdad entera y afirmar al trabajador que gime bajo el peso de su pena, que él es la víctima del envenenamiento por los vinos y espirituosos, tanto como de la egoísta ferocidad patronal. El bebedor pequeño o grande piensa poco y mal, o no piensa nada. Estupefactado por el tóxico, no siente el peso de sus cadenas y la degradación de su esclavitud. El abstinente guarda los ojos claros y la razón lúcida. La iniquidad social le subleva y le exalta. El rebelde de hoy es el insurgente de mañana.

No son los revolucionarios los únicos en conocer los efectos perniciosos del funesto licor, ver el peligro y dar el grito de alarma. Los sociólogos liberales y burgueses también se agitan y entran en liza.

Contra el azote nacional, Juan Finot hace sonar la campana con vehemencia y va predicando la «Unión sagrada contra el alcoholismo». Su convicción es grande, su ardor sin parecido; pero sus ambiciones son bien modestas. Después de unas páginas dedicadas a la grandeza y gravedad del mal y a la urgencia del remedio, el vigoroso cruzado no propone más que «la salud parcial de la raza» por la interdicción de la venta de bebidas espirituosas a las mujeres, a los movilizados y a los mineros; por la requisición del alcohol a los cosecheros-destiladores y la supresión de su privilegio. ¿Y qué? ¿Después de las encarnizadas batallas contra el «enemigo interior», al menos tan formidable como el otro; después de un gasto enorme de energía y de talento, haría falta transigir con el adversario y firmar una paz ridícula?

Para renunciar a llegar hasta el fin, el jefe no ha de estar muy seguro de sus tropas. Estas son, sin embargo, de robusta apariencia y abrazan «La Federación Nacional de Vendedores, Fondistas y Hoteleros», al lado del «Sindicato nacional del Comercio al por mayor de vinos, sidra, espirituosos y licores de Francia». La estrategia enseña que las masas constituyen por sí mismas un aumento de fuerzas, pero que encierran también elementos de

debilidad, de los que uno es la falta de homogeneidad, y otro la dificultad de maniobrar. El presidente de «La Alarma» ha debido tener conciencia de ello, y ha sido ganado por este peso muerto.

Y mientras tanto, la solución del problema aparece fácil cuando se tiene de la parte a los interesados. Si la convicción de los vendedores y comerciantes al por mayor es sincera, no hay ninguna necesidad de ir a balar desesperada e inútilmente ante la puerta del Parlamento. Los taberneros abrirán tarde sus tabernas, las cerrarán a buena hora; no venderán a las mujeres, a los niños ni a los soldados; no despacharán bebidas espirituosas. Para esto no es necesaria ninguna ley: basta con la buena voluntad y el acuerdo intersindical. Sin duda, no todos los comerciantes en alcohol están sindicados; pero debe ser fácil para una organización potente imponer su voluntad a los aislados recalcitrantes.

En realidad, las uniones y federaciones de comerciantes de vinos tienen lógicamente por fin la extensión y no la restricción de su comercio, la venta y no la prohibición del alcohol. Sería sorprendente verlos, tocados por la gracia, abandonar sus prerrogativas y venir a alistarse bajo la bandera de los antialcohólicos puros. Y Finot mismo no debe esperarlo.

También es eminentemente sugestivo echar una mirada sobre su programa de acción. Las dos grandes asociaciones ya nombradas aceptan la supresión de los cosecheros-destiladores, pequeño sacrificio, puesto que ellos son vendedores y no productores.

Suscriben la limitación del número de vendedores de bebidas, pero no su disminución; ven en ello un monopolio ventajoso. En fin, ellos se contentarían con la venta de bebidas llamadas higiénicas, entre las cuales figuran sin duda los vinos, coñacs, sidras, vinos de licor; productos muy franceses, protegidos por el jefe de la cruzada, encontrarían aquí un margen de beneficios.

¿Pero el antialcoholismo, encontraría aquí a los suyos? Con toda sinceridad, no; mil veces no. La demostración es fácil: todos los líquidos tolerados y hasta patrióticamente recomendados, contienen alcohol; la absorción habrá cambiado de forma; se beberán grandes vasos de vino en lugar de copitas de espirituosos y el veneno continuará sus destrucciones. ¿Entonces, Finot es un imbécil? Nada de eso; él sabe y nos enseña que hay doscientos cuarenta diputados representando a los «cosecheros-destiladores», y que los parlamentarios y los miembros del gobierno son malos pastores. ¿Un impostor ambicioso? Menos aún; ni diputado, ni senador, ha combatido ya el prejuicio de las razas y el de los sexos, y dado pruebas de sinceridad y de desinterés. Es simplemente un hombre insuficientemente documentado y de muy buena fe.

Cuando el apóstol está cansado de predicar en desierto, no se muestra por lo general muy exigente con respecto a la fe de sus primeros catecúmenos. El toro ardiente y fogoso, desconociendo a sus verdaderos enemigos, se echa sobre la tela roja del matador. El oportunismo y el deseo de realizaciones,

conduce a muchos desfallecimentos inconscientes. En fin, el presidente de la liga antialcohólica «La Alarma» habita en el bosque de Montmorency y no en los países vinícolas. Y honestamente, no se sabría reprocharle el no ser médico.

Es ya un gran mérito este de echar las campanas a todo vuelo, de forzar el interés y de crear la angustia. Pero el que, asqueado por la sordidez voluntaria de los gobernantes, hace una llamada directamente a la opinión pública, le debe toda la verdad. En el régimen democrático, la supresión del alcohol constituirá una verdadera revolución. Y ésta no será ni posible ni durable, si la masa no está suficientemente informada de la nocividad de las bebidas alcohólicas, de *todas* las bebidas alcohólicas.

## II

## El veneno

De que el alcohol sea un veneno, una sustancia capaz de producir trastornos profundos en el organismo y hasta la muerte, no les cabe ninguna duda a los espíritus reflexivos.

Para demostrarlo es inútil martirizar cobayas y conejos. Basta abrir bien los ojos y mirar alrededor. En la esquina de una calle, apoyada la frente sobre la columna de un farol, un niño de diez y ocho años, pálido y desecho, envía al arroyo, en medio de espantosas arcadas, una indescriptible oleada, de donde se desprende el olor repugnante de alcoholes mezclados. Es la acción del veneno sobre el estómago, que se rebela contra el suplicio de brebajes malsanos.

¿A qué esta voz trémula, eruptando una fantasía sobre la Marsellesa? Un licenciado de casco gris, con la gaita al lado, festonea en medio de la calle bajo la mirada divertida y simpática de los transeúntes. El alcohol ha paralizado parcialmente los músculos de la laringe y de las piernas, y ha transformado un ser gallardo, fuerte y animoso en un descaminado y vacilante.

Media noche. Llueve. El paseante retardado se retira a su morada. En el borde de la acera una masa informe obstruye la calle; gemidos, gruñidos mejor, exhalan de él. Este que, compasivo y emocionado, se inclina, levántase bien pronto, rechazado por el infame olor. El vino triunfante ha descerebrado y enterrado al rey de la creación.

En la casa vacilante y del tugurio sórdido, gritos delirantes se elevan entre llantos de niños. Sábado, tarde de paga; el obrero, loco de alcohol, no quiere que se le juzgue; a la mujer, indignada, el cuchillo homicida ha cortado la razón y desgarrado el flanco.

Cabello deslucido, la mirada apagada, nariz afilada, pómulos hundidos, mentón arrugado, piel terrosa, el enfermo de la cama número 20, de la sala Legrain, destaca sus brazos descarnados de un cuerpo enorme, monstruoso, bajo sus ropas huecas. Esta ridícula y tristemente risible humanidad, hinchada de hidropesía, es la ruina de un alegre compadre, de fuertes colores, ferviente del jugo de la vid. Su vecino de la izquierda no es tan estrepitoso; pero su labio colgante, deja caer la saliva viscosa y sus ropas despiden un olor amoniacal; es el demente alcohólico llegado al último término de embrutecimiento y descomposición.

Tal es el resultado de la experimentación humana, la más lamentable y la más terrible. Y los casos son múltiples. De 100 enfermos de los hospitales parisinos, 30 lo son por el envenenamiento fatal. En cuanto a los que el mal trabaja sin rendirlos en cama, son legión y llenan las calles.

2

El pueblo —se dice— se intoxica por la mala bebida, por el producto falsificado en las profundidades misteriosas de tabernas y reboticas. ¡Como si hubiera buenos venenos, agradables y útiles pero caros: el suave Burdeos, el áspero Borgoña, el coñac aterciopelado! Mientras tanto, a fin de descubrir las sofisticaciones prohibidas, la desconfiada Hacienda, más cuidadosa de los derechos del fisco que de la salud pública, hace practicar análisis competentes; y el químico jurado ¡reconoce los *productos naturales* de las *impurezas que ellos contienen!* El alcohol industrial, que proviene de la destilación de tubérculos y granos, es *puro* y *sin gusto*. Para acariciar el paladar de la clientela y poder ser vendido bajo el nombre exasperante de "agua de vida" (1), debe ser adicionado de esencias artificiales de la misma constitución química que las *impurezas naturales*, valor y gloria de los aguardientes, armañacs y coñacs más auténticos. La burguesía consumidora tiene sobre el proletariado el nada envidiable privilegio de ingerir venenos *quintaesenciados*. Esto no es consolador. La burguesía abstinente, cada vez más numerosa, lo es en la medida de luchar y retardar el fin de la esclavitud capitalista y el advenimiento de la libertad.

Nuestros execrables enemigos de ayer, nuestros queridos amigos de hoy, los ingleses, consumen con largueza el tradicional whisky, fabricado con cebada, trigo, avena o centeno. La santa Rusia vende en

(1) Aguardiente.

sus mostradores nacionales el líquido ardiente de la patata, de las melazas y del centeno. Todos los alcoholes naturales, la remolacha, la cotufa y el maíz, son productos tan legítimos del suelo como la vid y la caña de azúcar.

*La Academia de Medicina* y el Parlamento francés han decretado higiénicos y fuertemente desgravados de derechos la intangible Trinidad: vino, sidra, cerveza. Confiando en esta asamblea de lumbreras y en esta Cámara altamente integrada y desinteresada, un patrono de la Vieja-Montaña (Bélgica) lleva de Francia los buenos vinos ordinarios y los revende embotellados y a precios costosos a sus obreros. Éstos, bebiendo bien, bebiendo mucho, se emborracharían como verdaderos y perseverantes Noés. El fabricante cierra su taberna. Los suecos, privados de aguardiente, beberán la cerveza; los abdómenes se inflarán; la embriaguez se hace más torpe, sin perder ninguno de sus derechos.

El Mediodía, terreno soleado y generoso, produce y cosume abundantemente la sangre de las viñas. El dueño de una gran bodega bordelesa bebía catorce litros diarios. Todos no son tan ambiciosos, y los obreros de villas y campos meridionales se conforman con tres o cuatro. Como el vino contiene por término medio 10 por 100 de alcohol puro (100 centímetros cúbicos por litro), este modesto bebedor provincial absorbe en sus cuatro pintas el valor de una botella de aguardiente a 40°, mínimo impuesto por la Hacienda.

Duclaux, del Instituto Pasteur, no era un imbécil, y no obstante ha declarado que el alcohol es un alimento. Pero Atwater, sabio americano, no más ignorante, le tiene también por un alimento, pero detestable, por ser tóxico. Hay gran cantidad de otras sustancias más nutritivas y nada perjudiciales.

Clemenceau, médico y político, es un conocedor de la materia. Ha podido comprobar que en los asilos de alienados el alcoholismo de vino sobrepasa al alcoholismo por licores, en otro tiempo preponderante; luego no es una bebida higiénica. Y el antiguo jefe del Gobierno vaticina «contra la hipocresía del legislador, que coloca en los muros del cabaret pasquines para evitar la embriaguez que él favorece por otra parte escandalosamente por sus leyes».

¡Nunca mejor conclusión!

## III

## El alcohol-alimento

No faltan contradictores, interesados frecuentemente, desinteresados muchas veces, a los enemigos del alcohol bajo todas sus formas. Ellos invocan siempre el testimonio de un sabio que ha declarado que el vino era una bebida útil y el alcohol un alimento.

La ciencia es una bella, pura y noble abstracción. Los sabios son hombres, obrando y especulando, gozando y sufriendo, viviendo la batalla de la vida. Y todos no son libertarios. Para un Eliseo Reclus, para un C. A. Laisan, ¡cuántos Lapparent, Lavisse y Boutroux! Pasteur, que revoluciona la biología, era un devoto notorio y un rematado reaccionario. Duclaux, el padrino del alcohol-alimento, se muestra esclavo de los prejuicios y de los intereses de su clase y erige al inmundo veneno un pedestal de hipócritas verdades.

Sí, el alcohol es un alimento. Introducido en el organismo, lanzado al torrente circulatorio, se quema, poniedo en libertad sus calorías; su molécula es destruída, disociada en ácido carbónico y agua, y esta transformación libera una cantidad de calor

cuyo equivalente mecánico crea el trabajo. Es este un hecho de experiencia química y fisiológica, una incontestable verdad científica. Y sin embargo, al proclamarla, comete Duclaux una monstruosa falsedad científica y social, pues constituye una afirmación truncada. Un hombre sincero hubiera dicho: «El alcohol es un alimento tóxico», y el sociólogo honesto hubiera añadido: «y por consecuencia, detestable».

Esta es precisamente la conclusión adoptada en sus trabajos por los sabios americanos Atwater y Bénedict, cuyas experiencias positivas sobre el poder calórico del alcohol invocaba Duclaux, pero «interpretándolas». Conscientes de su responsabilidad, los dos primeros han protestado contra la deformación de su pensamiento y condenado enérgicamente el mortal brebaje. En Francia, Chauveau, Hericourt, Roger, Weiss, Mathieu, Hedon y muchos otros biólogos y médicos se dirigen contra el ídolo para echarlo abajo de su estela coronada de pámpanos.

Y aun cuando los sabios, oficiales o no, del universo entero, vinieran a cantar alabanzas a los productos alcohólicos, la convicción de los libertarios no sufriría menoscabo. El gran anarquista Claudio Bernard, el reivindicador de la «no sumisión a la autoridad», ha declarado en líneas imperecederas: «El método experimental es el método científico que proclama la libertad del espíritu y del pensamiento. Sacude no solamente el yugo filosófico y teológico, sino que no admite tampoco autoridad científica personal.

Esto no tiene nada de orgullo ni de jactancia; el experimentador, al contrario, hace acto de humildad, negando la autoridad personal, porque duda de sus propios conocimentos y somete la autoridad de los hombres a las de la experiencia y de las leyes de la naturaleza.» (Claudio Bernard: «Introducción al estudio de la medicina experimental», Delagrave, 1912, páginas 69-70.)

No tengamos pues una fe ciega en los juglares de las calorías, en los verdugos de cobayas, en los fanáticos de las cámaras calorimétricas. Entremos en la vida, abramos los ojos, acerquemos el oído a la experiencia humana, cuotidiana y eterna. Hace ya siglos que los hijos de Noé enrojecieron de vergüenza y cubrieron púdicamente la embriaguez de su padre. No hace falta un corazón fraternal ni hay necesidad de entrar en la ciudad de los sueños para el que ve con tristeza al borracho yaciendo en los brazos de su madre o de su compañera, llorosas, o la sombra alcohólica en los ojos apagados, sentados delante de la copa envenenada. Uno solo de estos espectáculos grotescos, lamentables o trágicos, suscitados por el alcohol, basta para condenar sin apelación el uso de la más pequeña gota del líquido fatal.

No solamente basta con negarse a consumir un alimento tal, aunque sea ofrecido gratuitamente, sino que sería práctico y económico dar millones por destruirlo. El emperador Domiciano arrasa las viñas; una verdadera república debería llevar el hacha sobre los lagares, echar los alambiques al crisol del fundidor. ¡El alcohol un alimento! ¡Oh irrisión

suprema, insulto a la conciencia humana! ¡Un alimento esta cosa que hiere la garganta y el vientre, que paraliza músculos y cerebros, que embrutece y hace locos, que mata el cuerpo y el espíritu creador de pensamientos altos y de ideales generosos! Los propagadores de esta opinión insensata podrán ser grandes sabios, pero no son menos malhechores públicos.

El alcohol debe ser retirado del consumo; no hace falta reemplazarlo, puesto que es absolutamente inútil y terriblemente perjudicial. Las fuerzas del trabajo, las energías intelectuales, las facultades de placer se encuentran en los alimentos sanos; y a la puerta de todos, el pan dorado, los cereales, los frutos sabrosos. La sed se calma con el agua pura, cristalina, fresca, síntesis de mil gotas del más transparente diamante. Los licores verdes, amarillos o rojos, bajo sus colores violentos, ruidosos y engañosos, no encierran más que corrupción, prostitución y muerte.

¿El alcohol un alimento? ¡A pesar de todos los Duclaux del mundo, es un abominable veneno!

# IV

## El alcohol-medicamento

«La prueba de la utilidad del alcohol en el organismo humano reside en este hecho: los médicos lo ordenan a sus enfermos bajo forma de pociones, vinos, elixires, tinturas, etcétera...» Y los secuaces del monstruo de aliento apestado triunfan estrepitosamente.

Falta saber si todos los hijos de Esculapio consienten en intoxicar a sus clientes. Hay en el arsenal terapéutico moderno otras armas que el detestable licor. Con éste, el efecto estimulante inmediato queda fuera de duda. Pero ¡cuán efímera y breve es esta acción! Bajo el castigo del látigo, el caballo asmático tiende sus patas, moviendo desesperadamente la carga. ¿Qué carretero borracho osará pretender que ha infundido fuerzas nuevas a la pobre víctima de su brutalidad? Así el alcohol excita para un corto minuto las funciones del organismo fatigado, que vuelve a caer bien pronto en su agotamiento. Ningún médico digno de este nombre, osará hacer la confesión de que trata a la humanidad con el látigo y a puntapiés en los flancos.

En la hora actual el arte de Hipócrates se ins-

2

pira en la ciencia y aplica otros procedimientos menos vetustos y desprovistos de inconvenientes. Contra una debilidad pasajera recurre a inyecciones subcutáneas de remedios mucho más activos: éter, cafeína, aceite alcanforado, adrenalina, esparteína. En las anemias profundas consecutivas a las hemorragias abundantes, el práctico instruído opone las inyecciones de sueros salinos, de sueros animales, a la transfusión sanguínea (1). En todos estos actos terapéuticos, el alcohol no aparece más que como una secundaria ayuda para barrer y limpiar la piel.

Las pálidas hermanas de *La Dama de las Camelias*, no frecuentan los *estaminets* (2), ni los cafés ricos. El aire puro les es más favorable que la atmósfera ahumada de los bares populares o aristocráticos. Superior a todas la mixturas alcohólicas, la alimentación sana y variada es el tónico ideal, el reconfortante enérgico.

En todo esto no entra la menor gota del maldito brebaje.

A un ser que sufre, el terapeuta se ingenia para ordenarle sucedáneos de la morfina, a pesar de que conoce los efectos muchas veces desastrosos de la droga calmante. No deja intervenir el hada seductora y traidora más que en casos especiales y en buena ciencia. Lo mismo, al enfermo débil y deseo-

---

(1) Estos remedios no están exentos de peligros y de los mismos reparos que se hacen al alcohol; pero existe una escuela médica, el *Naturismo* (aplicación a la medicina del criterio libertario), que encuentra para tales remedios sus-
—N. del T.
titutos más naturales, eficaces y duraderos.

(2) Salones donde se juntan hombres para beber y fumar.

so de recuperar su primitivo vigor, debe retirarle la copa envenenada para ofrecerle las pociones, soluciones, jarabes, granulados, inyecciones hipodérmicas de efectos ciertos y de inocuidad perfecta.

El práctico que hace en su clientela un uso habitual del alcohol-medicamento es un despreciable médico y un enemigo cierto del género humano.

V

## Abstinencia y moderación

Un gran número de publicistas, sociólogos, economistas y algunos pseudo-higienistas se encuentran de acuerdo para afirmar que sólo el abuso es funesto. El uso moderado del alcohol no sería en nada pernicioso. Según esta tesis los espirituosos deberían ser repudiados y prohibidos. ¡Pero el vino, la cerveza, la sidra son inocentes productos inofensivos y hasta higiénicos! Ellos contribuyen a dar a los franceses las cualidades características de su raza: alegría, ingenio fertilidad de imaginación. Al contrario, los bebedores de agua, todos lo saben, son ruines, y los predicadores de la abstinencia, hipócritas; sobrios en público, pero disolutos en privado.

Espiritual, como un discípulo de Baco, un periodista escribe:

«Una indigestión de *nouilles* (1) no prueba nada contra el plato favorito de nuestros aliados de Italia.» Evidentemente. Pero el espectáculo lastimoso de un borracho que titubea, erupta y desrazona, es la demostración potente de que las bebidas alcohólicas, no ya probablemente, sino seguramente, son líquidos a la vez indigestos y tóxicos. Sí, olvidado de las prohibiciones instintivas, el animal de la es-

(1) Pasta hecha con queso y manteca; macarrones.

pecie hombre se entrega a ingurgitaciones desordenadas de alimentos instrínsecamente inofensivos, de las que o revienta o cura. Cuando consume a dosis fraccionadas y cuotidianas el veneno sutil, no revienta, ni cura, sino que muere.

Muere lentamente, atrozmente, pedazo a pedazo, trozo a trozo, órgano por órgano. Primero muere el cerebro, este tabernáculo, se disgrega; el pensamiento, este lucero, vacila; la imaginación, esta lumbrera, se apaga. Después la locomoción, conjunto de grupos celulares diferenciados, es atacada; los miembros torpes cuelgan y se arrastran, hasta que se paralizan y se inmovilizan. El cuerpo se convierte en una amiba gigante incapaz hasta de emitir pseudópodos. En fin, la nutrición, función elemental y primordial, se altera; la asimilación llega a ser imposible; la caquexia, progresiva, impone su destrucción repugnante. El rey de la creación, más infame que el gusano de tierra, se descompone en vida antes de ir a la tumba. La nación italiana se dirigiría entera contra el astuto ignorante que imputaría al dulce e inocente *macarroni* tan lamentables víctimas.

Citar el vino, la sidra y la cerveza como bebidas inofensivas, es indicio de una vida corta y de una observación limitada, la confesión de un conocimiento imperfecto de los hechos de la vida corriente. Por legiones se cuentan los desgraciados envenenados por los brebajes oficialmente etiquetados como higiénicos; su número supone mucho sobre la multitud de bebedores degenerados por los licores y espirituosos. Sólo los diarios mal informados o vo-

luntariamente crédulos se dejan imponer por las denominaciones hipócritas y las etiquetas falaces. Y sobre todo, un militante debería tener la arrogancia de ser mejor que un diario.

En revancha, el agua, símbolo de la pureza, y los abstinentes, sus fieles, están por encima del desprecio y de los sarcasmos. Bienhechora divinidad, la onda cristalina calma la sed, apaga los ardores, pacifica las cóleras. Ni un crimen puede serle reprochado. Reflexiona, publicista aturdido, y considera, si puedes hacerlo, los horrores que cada día el alcohol engendra, las atrocidades que acumula a cada minuto. Herido por estas terribles desolaciones, sentirás en ti los rumores de las justas rebeliones, aumentar el odio inespiable contra el veneno maldito, destructor de conciencias, matador de energías, factor de esclavitud, borrón de la humanidad.

Sinceros son los partidarios de la abstinencia, los prosélitos de la única bebida higiénica, los partidarios de la sobriedad. Ningún sindicato de mercaderes les protege, ninguna federación nacional de comerciantes les documenta; con la cabeza fresca y el corazón caliente, van a la lucha antialcohólica unidos por su convicción, armados por sus estudios, exaltados por su reflexión. La victoria ganada sobre ellos mismos hace expandirse sus sentimientos fraternales. Lejos de excitar la admiración beata hacia los los borrachos, la indulgencia y la bondad ordenan los esfuerzos solidarios de enseñanza y redención.

Apasionados por el ideal, deseosos de conocer, los bebedores de agua obran y esperan.

## VI

## El desastre

Bajo la mirada satisfecha de la burguesía cómplice, el proletariado inconsciente y desorganizado ingurgita las cuatro quintas partes del alcohol destinado al consumo. Esto explica entre otras razones, porqué no se hizo no ha mucho y oportunamente la revolución necesaria. En el cabaret, estimulado por el alcohol, el obrero escucha y habla, entiende y dice necedades; no piensa. No sabe otra cosa. ¿Dónde la habría aprendido? Está lejos la escuela primaria, estrecha y desmedrada intencionadamente por los programas. Precozmente molido por la fábrica, siempre abatido por el trabajo, el paria no tiene, salvo muy raras excepciones, ni la voluntad, ni la fuerza de leer y reflexionar. Se apresura hacia el aparente reconfortante de los aguardientes naturales (lo son todos) y las bebidas higiénicas. Después de una excitación rápidamente pasajera, los músculos se ablandan con ventaja, el cerebro, ya poco amueblado, se vacía.

Pero por toda Francia 500.000 despachos se llenan. El veneno fluye en ondas, verde absenta, vino sangrante, coñac dorado. La democracia se liquefica

en bistrocracia. La opinión se forma sobre el cinc y alrededor de las mesas. Por esto, es por lo que la viña es un producto esencialmente nacional, y por lo que favorecer su comercio es un deber. El legislador lo ha comprendido bien, el que se remonta a las más puras fuentes de la inspiración política y que instala sus oficinas electorales en los bodegones acreditados. «Los compradores son los grandes electores de la República», afirma Gambetta, una autoridad en la materia. Esto dice mucho sobre la mentalidad parlamentaria y justifica la suprema confianza en la pujanza revolucionaria de la papeleta electoral.

Ante el apestado Auvernia, el pueblo no sólo deja el irrisorio papel aislado de su carta de soberanía; también abandona el escaso salario sudado con dolor de su carne jadeante. Los nueve millones de esclavos masculinos que jadean por el trabajo en las mazmorras industriales, ofrecen al ídolo rojo, opalino o bronceado, el sacrificio anual de «1.200 millones de francos». Un cálculo escrupuloso al que se añadiría el valor de los días de trabajo perdidos y el desperdicio de energía debido a la mortalidad por tuberculosis alcohólica, elevaría esta cifra a 2.500 millones. ¡Esto causa estupor y vértigo! ¡Qué fuerza de libertad y de solidaridad es así gastada en provecho de una clase opresora y dirigente y en gran perjuicio del corro de los muertos de hambre! ¡Qué pérdida de puros goces intelectuales sacados de los libros emancipadores, de posibilidades de reposo bienhechor en el medio familar y social,

con el gran número de potencialidades de felicidad que encierra! El proletariado, engañado por los sabios sofismas, huye de la aurora libertaria para arrojarse en el crepúsculo y luego en la noche de la trampa.

En su caída arrastra a su compañera y a sus hijos. El tugurio arruinado es un infierno donde resuenan los gritos de la disputa, surcado de rápidos estallidos de la brutalidad. Sorprendido por el disgusto y el rencor, el bello amor de la juventud huye y deja en su lugar el odio y la venganza. El fruto de la primer ternura, el inocente de los bucles blondos se agita en tierra por las sacudidas de la epilepsia, y en la espuma que cubre sus labios expulsa el veneno paternal. El Benjamín de la nidada numerosa, Cuasimodo de gruesa cabeza, cuerpo torcido y piernas encorvadas, muestra en los ojos fijos todo lo vago del más allá en el cual desaparecerá bien pronto. La muerte tiene particular afecto por esta carne y estos huesos embebidos de alcohol.

Ella deja en la casa poca vida apreciable. Porque si el bebedor es el gran proveedor de tumbas minúsculas, es también un reproductor de semilla lastimosa de una inconsciente fecundidad. El macho, embrutecido de tóxico, incapaz de dominarse, impone a sus víctimas agotadores embarazos. Los departamentos consumidores desenfrenados de líquidos corrosivos: Sena inferior, Costas del Norte, Paso de Calais, Finisterre, tienen la mayor natalidad. Los habitantes relativamente sobrios son más accesibles a la razón y cuidadosos de sus intereses: tie-

nen pocos niños, solamente los que saben pueden cuidar, instruír y amar.

Esta sabia previsión evita llenar las cárceles. Los países donde reina Baco son aquellos donde más se nace y también donde se muere con ventaja. El Calvados y el Sena inferior ofrecen la mayor mortalidad de toda Francia. Tienen al mismo tiempo la triste particularidad de contar la más copiosa consumación de alcohol por habitante. ¿A qué aumentar la siembra, si la cosecha será segada prematuramente? ¿Pero al hombre extraviado por el jugo tremendo, puede pedírsele prudencia y caridad?

A aquellos que sienten, sufren y se esfuerzan en reparar el inmenso desastre. Los amaneceres radiosos, las sanas bellezas de la primavera, serán la obra definitiva de un proletariado libertado del alcohol.

## VII

## ¿Por qué?

¿Por qué irresistiblemente arrastrado hacia el alcohol, el proletario va al embrutecimiento, a la desgracia, a la enfermedad y la muerte? ¿Por qué perdiendo así sus solas posibilidades de redención de un nacimiento pobre y de una infancia entenebrecida por la ignorancia, ahoga su inteligencia rudimentaria en el fondo del brebaje envenenado?

Algunos poetas quieren ver aquí una busca de consuelo, la huída de la razón perdida fuera de las estrecheces de la mala vida, toda decepciones y dolores. Sin franquear el umbral de la embriaguez, en los límites de una excitación constante, el hombre magullado cree ver los goces del optimismo báquico ahuyentando el triste peso del pesimismo y de la fatalidad.

«La visión se aclara; los colores son más vivos; se siente como un aire de felicidad, bajo el cual las frentes se levantan, las carnes se estremecen y los espíritus se exaltan. El más débil se siente levantado por una fuerza bienhechora; en él, el músculo se hace potente, el cerebro creador.» ¡Ay, el plebeyo no es un Alfredo de Musset, y de la existencia Ver-

lainiana no se conoce más que el hospital! Su grácil genio, lejos de ser llevado al pináculo por la torpe nube etérica, fué brutalmente ahogado y arrastrado al bajo fondo. El divino licor cantado por los bardos no sólo no puede dar las alas de un ángel, sino que pone muchas veces en las manos las armas homicidas.

Los psico-fisiólogos sociales, más ricos de esperanzas que de experiencias, afirman la necesidad de este hábito impuesto, dicen, por los modos deprimentes de la producción capitalista. En la absorción repetida del veneno, el obrero cansado recupera las fuerzas que le permiten arrancar un salario de hambre a la avaricia patronal. ¡Error funesto y detestable! El ejemplo lo tenemos, próximo y cotidiano, en muchos camaradas que trabajan en condiciones físicas agotadoras, con la más completa sobriedad y hasta con la total abstinencia. ¿Y qué testimonio más valioso que este de los mismos capitalistas? Hace ya mucho tiempo que el filántropo explotador Carnegie abonaba una prima elevada a sus obreros abstinentes; y el buen apóstol se hizo millonario. Además, la impulsión dada hoy día a la campaña antialcohólica ha dado por consecuencia una comprobación desesperada: la mediocridad general del rendimiento fabril como consecuencia de la alcoholización creciente del personal. Un capítulo del libro de Finot titulado: «La producción industrial comprometida», es un grito de alarma que hace falta entender; aviso que es sabio utilizar. Por otra parte, la práctica intensiva de los sports ha dado sobre

esto su plena enseñanza: agilidad y endurecimiento son arrogante atributo de los abstinantes. Por consiguiente, camaradas, de espaldas a los sofismas peligrosos y frente a la verdad eficaz, el jugo terrible roba al proletariado sus fuerzas de trabajo, como sus fuerzas de rebelión.

La pálida miseria es sin duda la proveedora del cabaret. A la atmósfera triste y fría de su sucio tugurio, el esclavo fatigado prefiere las cálidas pestilencias del bar lleno de gritos y espejeante de lunas. «El cabaret es el salón del pobre», según la expresión consagrada. Incontestablemente el hombre tiene una profunda necesidad de sociabilidad que se ha manifestado siempre alrededor de las mesas; en los ágapes antiguos, en la cena simbólica de Cristo, en los banquetes republicanos y en las comidas diplomáticas. El tacto de codos y la repleción gástrica simultánea desarrollan de una manera aparente y engañosa los sentimientos de fraternidad. Este estúpido hábito de intoxicarse en sociedad deriva del instinto de rebaño, común a muchas especies animales. Los libertarios comunistas no podrán nunca modificar esta sobrevivencia ancestral; tiene demasiado peso en el sentimiento de la primitiva hospitalidad, al parecer tan cordial. Quieren encontrar su fraternidad más que el pan y la sal; pero sin la bebida embriagante, encendedora de cóleras y fomentadora de odios.

A pesar de esto, en el fondo, es el alcohol imperioso, el que llena las bodegas ahumadas de tabaco, y hace desertar del hogar familiar. Las monedas

desaparecen en el mostrador. En lugar de una alimentación sana y económica, la paga semanal se derrama en líquido perjudicial y caro. Las virtudes reparadoras del pan y de las legumbres son sacrificadas a la acción estimulante y devastadora de las bebidas hipócritamente denominadas higiénicas. Si en el presupuesto del matrimonio obrero no se anotara tan largamente el alcoholismo masculino, y muchas veces también el femenino, habría sitio en la mesa para una alimentación bastante abundante y variada. El bebedor abre la puerta al hambre y a la miseria.

Pero ¿por qué entonces bebe este paria desgraciado, que no siente la pasión del ensueño, ni las necesidades orgánicas, ni las inclinaciones de su naturaleza? ¡Por ignorancia cuidadosamente mantenida por los poderosos del presente, y por milenario servilismo! Tanto como el alcohol, tiene en la sangre el largo hábito secular de obedecer a los hombres y a las cosas, a los vencedores y a los amos, a las leyes y a las tradiciones. El obrero doméstico no puede escapar al compromiso de la propina. El vaso de vino es con frecuencia el pago de una complacencia; la paga se hace muchas veces en la taberna. No nace un niño sin que padres y testigos no beban a la fuerza, y muere acompañado de tantas lágrimas como de vino. El acto social más insignificante, como el más solemne, es ocasión o pretexto de una inevitable beborrería. De la multiplicidad de contactos con el líquido engañoso, nace y aumenta la irresistible necesidad. La voluntad, ya

vacilante, se embota; la personalidad, con frecuencia tan precaria, se borra; y el alcohol asesino reina sin oposición con un imperio profundo y absoluto.

El veneno destilado a oleadas por los Borgias capitalistas, se infiltra gota a gota en la medula y el cerebro de un proletariado sin voluntad, labrado por siglos de esclavitud.

## VIII

## Sable de madera

Contra el enemigo interior, más peligroso y homicida que el otro, extraño y hereditario, los responsables del régimen y los dirigentes intelectuales esgrimen armas variadas. Un examen reflexivo permitirá determinar si su eficacia está en razón directa de su vehemencia.

La elevación de los impuestos de consumo del alcohol es el medio preferido por los gobernantes. Presenta un evidente interés fiscal y sirve para aumentar la ininterrumpida corriente que partiendo de los bolsillos del contribuyente, va a engolfarse en el tonel agujereado de las Danaides parlamentarias. En estos tiempos de fatiga patriótica, el dictador de las finanzas, Ribot, no ha faltado a la pura tradición nacional: acaba de dar un golpe terrible a los fervientes del alcohol, fijando en 400 francos por hectolitro el impuesto a percibir. Los higienistas oficiales aplauden con admiración, y el prestidigitador llena su caja. Pero el consumo del veneno no disminuye ni un vaso pequeño. La prueba es fácil de dar: los regímenes sucesivos que han tendido a sujetar y dominar a Francia, han elevado de cero a muchos

francos el derecho para el pueblo de embriagarse a su gusto. Y la marea espirituosa no cesa de subir, amenazando sumergirlo todo. El viejo truco gubernamental tiene siempre el mismo resultado: embobar a la muchedumbre respetuosa, hacer perder el sentido a los complacientes, y arrancar algunos céntimos más a los famélicos bebedores.

Los protagonistas de la «bistrocracia» acaban de ofrendar sobre el altar de la patria la limitación del número de las ventajas. La Federación Nacional de Comerciantes, Fondistas y Hoteleros y el Sindicato Nacional del Comercio al por Mayor de Vinos, Sidra, Espirituosos y Licores de Francia, se declaran prestos a este sacrificio heroico. Sólo los malos franceses guardaron secos los ojos en presencia de tanta abnegación y valor; los verdaderos, los buenos ciudadanos lloraron de enternecimiento y los más instruídos tuvieron la reminiscencia zoológica del pelícano.

En revancha, el honesto comerciante, deseoso de abrir una nueva trampa, no dejará de protestar en nombre de los sacrosantos principios republicanos, del derecho y de la libertad; señalará a la indignación de los puros de la Cámara y del Senado, la creación de un monopolio de la venta del tóxico, una restauración de los antiguos privilegios monárquicos. De hecho, hasta este día el poder esencial de envenenar a su semejante queda a merced de todos; y pocas gentes intrépidas lo pierden.

Ciertos países, los Países Bajos por ejemplo, han ido más lejos en la limitación de las tabernas,

ordenando la supresión de la mitad. Esta medida no tuvo ningún efecto. Extrañarse es conocer muy mal la tenacidad de los consumidores del alcohol. Por beber un vaso, los habituados son capaces de la carrera más fatigante. Y en la empresa de buscar un cabaret no se dejaría nunca sentir en ellos la laxitud reprensible de los marinos de Cristóbal Colón.

Por otra parte, la función crea el órgano; desde que una aglomeración, aunque transitoria, se constituye, un garito clandestino surge como por encanto. La guerra actual, disolvente del grupo familiar, ha creado por millares las pequeñas asociaciones de discípulos de Baco. Siempre hay un genio tutelar para hacer brotar la fuente milagrosa que sacie los gaznates de estos bebedores sin sed. No hay una pensión sanitaria que no haya visto instalarse entre sus ventanas y fuera de ellas los más ingeniosos vaivenes para remediar la insuficiente munificencia hospitalaria, demasiado escasa en botellas, según el juicio erróneo de los pobres mutilados. ¡Los alcohólicos empedernidos serían capaces de encontrar el vino en el mar!

Los cosecheros destiladores representan los odres, emisarios con los cuales, gobernantes, destiladores, vendedores y académicos se entienden para encubrirles. Es de estos pelados, de estos sarnosos, de donde viene todo el mal; la supresión de su privilegio inicuo será la panacea universal. Siendo la República el régimen que Francia cree haberse otorgado, es indignante e injusto ver un grupo de ciuda-

danos destilar los productos de su cosecha, enriquecerse con el fruto de esta operación de alcoholizar al pueblo, sin haber pagado ni impuesto al Estado ni tributo a la *digna* Corporación de Mercaderes de la Locura. Más aún: estos destiladores sin vergüenza pagan a sus obreros con sus heces tres por seis y venden en fraude, frustrando así a la vez al obrero, al Tesoro y a los poseedores de licencia, únicos delegados de la intoxicación nacional.

Que el alcohol salga de la cueva del defraudador privilegiado o de la oficina del envenenador patentado, el francés no tiene cura; él bebe sin pestañear; su candor iguala a su capacidad. ¡Ah! ¡Si el Estado tuviera el monopolio, no vendería más que del *bueno;* y podría embriagarse tranquilo con la garantía del gobierno! Este, maligno por institución, sabe bien que no hay más que un alcohol, siempre malo. En los momentos de humor financiero piensa en reivindicar el monopolio de la venta, pero no el de fabricación, para así meter directamente en sus cajas el dinero gastado tontamente en los cafés por los obreros. Rusia ha conocido las bondades de la venta oficial: fueron tales, que para impedir el suicidio fatal de la nación, el autócrata moscovita debió, en plena crisis financiera de la guerra, amputarse su propio privilegio y decretar la prohibición absoluta de todas las bebidas alcohólicas.

Los más extremados antialcoholistas se limitan a suspirar por el establecimiento de una dictadura efímera, señalada por una sola medida draconiana: el descuaje de las viñas y la disposición del suelo

para un nuevo cultivo. ¿Pero cómo esperar de una democracia rancia este gesto libertador? La representación nacional lleva los votos de cinco millones de personas interesadas de cerca o de lejos en el comercio y la industria del líquido mortal. Perezca pues el pueblo, a fin de que el Tesoro se llene y que algunos envenenadores se enriquezcan.

¡Proletario, eterno crucificado, tú eres condenado a ser siempre el redentor de ti mismo! ¡La desalcoholización de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos!

## IX

## Acción libertaria

Evidentemente, es una gran ingenuidad o una suprema habilidad, esperar del Parlamento la solución del problema del alcohol. Cuarenta años de legislatura han dado la medida de su impotencia o de su mala voluntad. Quiebra explicable, por otra parte, si se reflexiona que la viña es cultivada en Francia en setenta y cinco departamentos y que el comercio y la industria del veneno natural o artificial representan un capital de veinte mil millones.

Menos noble que los Samurai japoneses, el Estado no consentirá jamás en hacer *harakiri* por la causa del pueblo, y en abrirse el vientre donde se engolfan los quinientos millones anuales benévolamente dados por la idiotez de los bebedores.

Este sacrificio, juzgado imposible antes de la guerra, sería ilógico durante ella y absurdo después, cuando hará falta añadir, por lo menos, cinco mil millones de impuestos nuevos a los cinco mil millones ya existentes. El Estado, como el Parlamento, es enemigo del suicidio y conservador de sí mismo.

Producto y sostén del régimen capitalista el alcoholismo, no desaparecerá más que con él. El

efecto no cesará si persiste la causa. Y, conclusión descontada: toda acción que no se dirija a la sociedad contemporánea responsable, es inútil.

Mientras tanto, los enemigos sinceros del des-orden social actual, que no esperen verlo desaparecer espontáneamente como por una descomposición y una disolución internas. Nunca se ha hecho una revolución —transformación orgánica completa y más o menos violenta—sin la intervención de elementos activos, precipitando la crisis y preparando la renovación. Los alcohólicos, los esclavos del tóxico nunca serán factores de revolución.

Luchar contra la funesta pasión es pues trabajar por la demolición del inicuo e inestético edificio social y preparar la ideal construcción futura.

En un conjunto armónico, la perfección de la parte entraña la del todo. Los individuos robustos e instruídos, según la afirmación del señor de *la Palice* forman una colectividad sana e inteligente. Esperar el gran día bebiendo grandes o pequeños vasos, constituye una actitud ilógica e ineficaz. Predicar la liberación de los demás, siendo un esclavo voluntario de sí mismo, es una lamentable burla. Sobre la mesa golpeada por el puño furioso del militante, que critica exasperado los vicios burgueses sobre la mesa trepidante, la copa de aguardiente choca con un ruido cristalino con el vaso de la mixtura cobriza... Al fin del mitin el orador, jadeante y congestionado, se sienta en un Bar ante un aperitivo o un fino café, según la hora. El auditorio pasa entonces irónico y despreciativo. Esta serie de peque-

ños cuadros en la propaganda, no deja nunca de hacer mal efecto; el comentario «¡Nada de farsantes!» es la consagración fatal.

El apóstol del mundo nuevo no debe abstenerse en público para alcoholizarse en privado. El resultado sería peor. El veneno sutil es un terrible disolvente de las fuerzas psíquicas. La voluntad, débil ante el licor, flaquea progresivamente y cede a todas las influencias exteriores buenas y malas. Las células cerebrales anestesiadas, paralizadas, no pueden funcionar ni para la adquisición ni para la elaboración de conocimientos liberadores. La mentalidad, reducida a la sola facultad de imitación, se moldea según el modelo corriente; se crea necesidades inútiles y dispendiosas; aspira a todas las satisfacciones pueriles de la vanidad humana. Es el deslizamiento lento de la pura acción doctrinal al oportunismo, de la afirmación personal a la adaptación abdicadora, del proselitismo a la abjuración. El hombre que bebe se miente a sí mismo cuando declara «Ni Dios ni Amo».

La obra de emancipación exige la abstinencia absoluta. La moderación es el disfraz bajo el cual se insinúa la alcoholización progresiva pero profunda. El consumidor razonable de bebidas higiénicas cuotidianas, el pequeño alcohólico de hoy día, es el gran alcohólico de mañana. Nadie puede creerse al abrigo de los estragos de un veneno cuya característica es precisamente suscitar casi fatalmente el hábito y aniquilar toda fuerza de voluntad y de resistencia. Contra el enemigo formidable, la absten-

ción absoluta es la única eficaz. El libertario liberado es un creador de consciencia. Su ejemplo obra ya elocuentemente, expuesto sin debilidad, sin complacencia, con una fiera intransigencia. Su pensamiento y su palabra adquieren una fuerza incomparable, hecha de lucidez serena y de dominio intelectual, pero también de pasión generosa animada por la verdad demostrada. Del individuo abstinente el contagio pasa a la colectividad. El anarquista no rehuye el grupo si éste no es autoritario. Va al sindicato, educa y organiza. Aporta su piedra a la Casa del Pueblo, centro de reunión fraternal, donde se distribuyen simultáneamente el pan del espíritu y el alimento del cuerpo. El restaurant cooperativo vende bebidas realmente higiénicas, en las que no entra una gota del pernicioso alcohol; infusiones diversas, leche, jugo de uva esterilizado.

Un tópico antiguo y absurdo se opone a los partidarios de las soluciones extremas; se les reprocha como si se tratase de dejar el planeta terráqueo, para situarse en los satélites o los astros alejados: Luna, Saturno, Júpiter, Palas o Venus. «Estos dulces soñadores iconoclastas —canturrean los economistas oficiales—, estos amantes de la onda pura, estos amigos de la humanidad no se aperciben de que impidiendo al hombre beber le condenan a no comer. La desaparición de la industria del alcohol entrañaría la ruina y la miseria de cinco millones de trabajadores. El alcohol, riqueza nacional, es una dura realidad contra la cual serán impotentes los

silbidos agudos y los saltos desordenados de las quimeras en furia.»

Lejos de querer la muerte de la viña y de los viticultores, los revolucionarios preconizan simplemente la transformación —ya realizada en muchos establecimientos vitícolas—, de una fabricación creadora de veneno en una fuente de bebida agradable y saludable. El jugo azucarado, exprimido del racimo bermejo, es sustraído a la fermentación y a la descomposición. Por el calentamiento a 70° en un espacio cerrado, son esterilizadas, para evitar que puedan ser dañinas, las levaduras traidoras capaces de convertir un néctar delicioso en un líquido mortal. Así pasteurizado el jugo de uva fresco es introducido en botellas cerradas con cuidado, transportado, conservado y vendido con la misma facilidad y en los mismos lugares que los vinos y espirituosos, extractos putrefactos y malsanos de un fruto sabroso. Esta utilización moderna de un antiguo producto del suelo francés no exige más que un simple cambio de *utillage*. Las cooperativas de viñadores deberían tener a honor el no dejar a las solas instalaciones capitalistas actuales el mérito exclusivo de salvar de su vicio al proletariado ignorante.

En cuanto al alcohol llamado industrial, los propagandistas de la abstinencia quieren apartarlo de los estómagos de sus semejantes para verle quemarse en los cilindros de los motores de explosión, en el vientre de las lámparas de alumbrado, y en los recipientes de las estufas de calefacción. Su deseo es domesticar la potencia enorme y formidable

del «agua de fuego» para hacer de ella la dulce sierva del hombre, en lugar de su implacable tirana.

Los antialcoholistas convencidos, los anarquistas tienen en su posesión las armas necesarias para combatir el azote: el ejemplo, la educación, la organización de la producción y del consumo. Pero aún hace falta blandirlas con manos no temblantes, dirigidas por un cerebro que no se oscurezca por el más tenue vapor de alcohol.

## APÉNDICE

El periódico libertario *Ce qu'il faut dire* publicó en un mismo número la protesta de una «voz paisana» en favor de los pequeños destiladores-cosecheros y una pieza en verso de un poeta venenófilo, del cual he aquí el texto:

### UN POCO DE VINO

¿Abajo el alcohol? ¡Bravo! Ante la embriaguez horrible
que muestra el depravado que abusa del alcohol,
yo veo en sus cerebros agujeros de criba
por donde lentamente se escapa su razón.

—

¿Abajo el alcohol? Muy bien. El error de su ancestra
castiga con frecuencia al recién nacido infante
y los intemperantes que poblaron Bicetra
eran tan peligrosos cual si bebieran sangre.

—

¿Abajo el alcohol? Conforme, señor moralista,
y yo en este momento el mismo grito adopto
y hasta estoy encantado de la figura triste
que hacen los proveedores de las casas de locos.

—

Pero si me disgustan los placeres indignos
que al cabaret conducen la humanidad doliente
no creo sea igual si cultivo mis viñas,
se me pueda llamar, artesano de muerte.

—

Y hasta estoy convencido, ¡doctor atrabiliario!
que luego de comer para saciar el hambre,
si se quiere ser sobrio y mezclarle agua clara
beber un poco vino, es muy reconfortante.

*Eugenio Bizeau*

Por otra parte, el ministro de Subsistencias, Thierry, celebraba en un banquete oficial las virtudes del buen vino de Francia.

A los tres fué hecha la siguiente respuesta:

*El poeta, el destilador y... el otro.*

Aunque sólo Baco inspirara al poeta-viñador y fino letrado Bizeau, aunque el honesto alambique del pro-destilador y simpático publicista aldeano Croix, destilara el aguardiente de la más fina y auténtica marca, y aunque el ministro de Subsistencias Thierry celebrara en términos aún más ditirámbicos la acción estimulante del buen vino de Francia sobre las facultades guerreras del soldado, ello no bastaría para lograr la convicción del sabio.

Poeta: ¡la elegancia hace seductoras todas las doctrinas; pero la lógica y la verdad les dan grandeza y eficacia. La belleza de los monumentos maravillosos depende del perfecto equilibrio de su construcción y de la armonía de sus proporciones!

Rehabilitar el vino, después de mezclarle agua clara, equivale a una condenación. En una cosa buena en sí toda adición de un elemento contrario es una mancha. El agua y el vino no se complementan; la una excluye al otro.

Una de las mayores arrogancias del anarquista es la de querer realizar lo absoluto y llevar la acción de su vida a las consecuencias extremas. Donde el alcohol es un monstruo horrible, vertiendo alrededor su veneno sutil, hace falta combatirle sin reposo ni debilidad hasta destruírlo. Donde es un Dios bienhechor, dispensador de virtudes y goces, es menester adorarle, rendirle un culto exclusivo y apasionado. Si el alcoholismo es un mal individual, familiar y social, es necesario despistarle y perseguirle en todas sus posibilidades, encontrarle detrás de las etiquetas de producto natural, descubrirle en las bebidas llamadas higiénicas. Si es un bien, un factor de progreso personal y colectivo, todos deben alabarlo, extenderlo y hasta imponerlo.

De acuerdo unánime, el alcohol es nefasto. ¿Qué espíritu lógico osaría pretender que la dilución de un tóxico es su destrucción? A lo sumo podría afirmarse su atenuación. El vino, camarada Bizeau, es el alcohol más o menos diluído; el aguardiente, camarada Croix, es el alcohol más o menos concentrado; los dos contienen el veneno. El sabio no elegirá entre la alcoholización clandestina y a dosis restringida, o la alcoholización pública y en masa; las rechazará igualmente con una convicción ardiente y una voluntad inflexible.

Nadie, aquí, niega al bebedor el *derecho* de envenenarse en familia. La solidaridad y la amistad le muestran el deber de no hacerlo. De la alcoholización como del suicidio, los contemporáneos tienen plena libertad, hasta el privilegio, en compensación de la esclavitud del pensamiento, de la palabra y de la escritura. La autorización, hace poco tiempo acordada al cultivador de frutas azucaradas, de destilar *sin declaración ni control* el producto de su cosecha, acaba de serle retirada por el legislador, no tanto por lo funesta para el individuo como por lo perjudicial para el Estado. Este último quiere, sí, que se intoxique, pero no sin pagar. En el cálculo de los gobernantes, la supresión del privilegio de los cosecheros-destiladores hará entrar en la caja del Tesoro de 50 a 60 millones de francos. Este es el solo punto que le interesa. Croix, destilador cándido, tú beberás pero escupirás en la cazoleta.

Por definición, el anarquista no quiere saber nada de... el otro, de los poderes públicos. Conoce demasiado bien la antinomia irreductible entre el individuo y el Estado, yendo éste hasta exigir en su provecho la muerte de aquél. ¿A los ojos del despotismo qué pesan la salud y el interés superior de vagas humanidades? El alcohol es un antiguo medio de gobierno. Los emperadores romanos embriagaban a sus esclavos antes de echarlos a las luchas y juegos sangrientos del circo. Un cerebro embrumado de vapores deletéreos es accesible a todas las sugestiones, presto a todos los servilismos. Debili-

tado, anestesiado, paralizado, es incapaz de la acción viril y de la rebelión salvadora.

En revancha, el libertario lo espera todo de sí mismo, nada de una potencia exterior extraña, siempre ignorante de sus necesidades materiales y morales, con frecuencia indiferente y eternamente hostil.

El verdadero poeta huirá del vino para buscar en sí mismo las fuentes de inspiración. Amado de los dioses, posee la palabra y debe conservarla sonora y pura, no oscurecida por la más ligera nube, no alterada por el menor balbuceo. Hijo de los hombres, iluminado por la nueva ciencia, tendrá en su cerebro y en su corazón, en su sensibilidad y su inteligencia, los temas eternos del amor y de la belleza que desde la noche de los tiempos fueron la esperanza y el consuelo de la humanidad encadenada.

Labrador y jardinero, alimentador de sus semejantes, conservará en sus frutos su sabor primitivo, las cualidades de su reconfortación, la delicadeza de su perfume. No los abandonará a la putrefacción, a la fermentación, creadoras de veneno. Que provenga de la descomposición de la uva o de la remolacha, de la pera o de la manzana, de la ciruela o de la cereza, el alcohol es siempre, natural o artificial, químicamente y fisiológicamente idéntico, seguramente homicida. Muchas prácticas son verdaderamente sanas y agradables, nutritivas y bienhechoras; el consumo de los productos del suelo en estado fresco y bajo su forma original; o preparados para la conservación por la desecación o pasteurización;

o cocidos en jarabes y confituras. Así deben operar los aldeanos amantes de la razón.

En contra de los amos de todos los regímenes, los liberados no pretenden imponer nada por la fuerza y la autoridad. La felicidad de los hombres la quieren lograr por la educación y la libertad.

FIN






Una peseta